

Laura Tremosa

## HABLAR EN PROSA SIN SABERLO

¿La práctica revolucionaria de las mujeres  
no tiene características específicas?

La mujer, cuando se encuentra frente a un mundo que le es totalmente ajeno, cuando ya no le sirven unos determinados valores para explicarse a sí misma; cuando ve, desde este lugar de espectadora en que otros la han situado, una sociedad que oprime, explota y destruye, quiere convertirse también en sujeto de la historia. Sujeto de esta historia en letras mayúsculas y que no es más que la larga lucha por dominar y transformar la naturaleza y las relaciones entre los seres humanos, en pos de una felicidad intuida, de una felicidad colectiva y personal en una sociedad donde «el mero hecho de amar hace ser amado», como nos anuncia Marx joven en los *Manuscritos*.

A lo largo de la historia han sido muchas las mujeres que han irrumpido en la misma. De algunas tenemos los nombres, de otras muchas, nada sabemos. Pero la historia es de los hombres, ellos la han hecho, ellos han construido su dinámica y movido sus resortes, ellos la han hecho acelerar con sistemas de valores que nos son ajenos. Competitividad, protagonismo y liderazgos, siempre por las grandes causas, nada tienen que ver con nuestro conocimiento del mundo, a través de la vida cotidiana, de la conciencia de infelicidad de los que nos rodean, de la injusticia y el dolor sentidos, más que comprendidos como entelequias.

Al intentar irrumpir en la historia, la mujer lleva consigo su propio conocimiento del mundo, pero ¿cómo incidir, sin utilizar los códigos y las herramientas de los hombres? La mujer se encuentra ante el dilema de seguir manteniéndose al margen del camino o utilizar la competitividad que le es en realidad extraña, el liderazgo y la agresividad que rechaza.

Carmen Alcalde en su libro *La mujer en la guerra civil española* no hace un análisis del papel jugado por las mujeres en uno y otro bando de la contienda, ni tampoco un estudio minucioso de la contribución de las mujeres en el bando republicano, que es, en realidad, el que le interesa. Carmen Alcalde nos da, de hecho, una galería de personajes femeninos que han sentido a lo largo de la historia el compromiso revolucionario (en más de la mitad del libro los personajes descritos nada tienen que ver con la

contienda española si no es como antecedentes revolucionarios) y, entre ellas, las que se distinguieron especialmente en la guerra civil española.

No se trata de notas biográficas objetivas. Carmen se encuentra comprometida en cada una de ellas y sus análisis y consideraciones están marcados por un *engagement* previo. Hay, en cierto modo, una premeditada unilateralidad en el momento de analizar los personajes, se apasiona ante determinados rasgos y se muestra juez implacable frente a otros. Es por ello que el libro de Carmen exige, a mi entender, una lectura también comprometida y toda crítica respecto al mismo debe dirigirse desde esta especial perspectiva que da la conciencia feminista. En otro caso podrá juzgarse el rigor biográfico de la autora, su mayor o menor documentación o la calidad de su estilo literario, pero no el trabajo global de la misma. En estos retazos biográficos del puñado de mujeres que Carmen ha elegido como representantes de las que su compromiso revolucionario les ha llevado a incidir en la historia, se descubre, al analizarlas en conjunto, el dilema de que hablábamos al principio y que cada una resuelve de modo distinto. Unas luchan apasionadamente, sin desvincularse nunca de las masas de mujeres que sufren la historia sin protagonizarla jamás, y otras se sumergen en la lucha al lado del hombre, conquistando individualmente la igualdad, con la apasionada esperanza de un mundo nuevo para todos, hombres y mujeres. Juzgar con perspectiva histórica el error cometido por estas últimas es fácil y si se quiere útil, pero no es nada nuevo. Es sólo la constatación, una vez más, de que la historia, y por tanto las revoluciones, son de los hombres, por muchas que sean las mujeres que colaboren en ellas, como lo es la cultura, el mundo de la creación y el desarrollo y también el pensamiento religioso. Para explicar estos hechos habría que profundizar entonces en todo el oscuro mundo de las frustraciones masculinas, del poder creador de la maternidad, de la sublimación como motor de la cultura. Nada de esto es, naturalmente, el objeto del libro de Carmen.

Desde esta perspectiva feminista en que decíamos debía situarse quien quiera juzgar *La mujer en la guerra civil española* sorprende, en principio, la división que se hace entre «las ideólogas» y «las políticas». La mujer parte siempre de su específico conocimiento del mundo y con mayor o menor formación su toma de conciencia primera es a partir de la opresión y el dolor más cercanos. Alexandra Kollontay nos dice que fue el ver la condición de los servidores de su familia lo que ya de niña le hizo pensar en la necesidad de la revolución. Si la revolución siempre es el resultado de la articulación entre la ideología y la práctica, en nadie esta articulación es más íntima, más indivisible, que en la mujer. ¿Por qué Flora Tristán ideóloga y Alexandra Kollontay, por ejemplo, política? Ambas elaboran su ideología a partir de la realidad que las envuelve, ambas se lanzan a la

lucha intentando cambiar lo que les es más cercano, su propia vida primero y, a partir de ella, teniendo siempre presentes los hechos cotidianos y las opresiones personales, buscan la táctica para una salvación colectiva. Lo personal y lo colectivo, el cambio de cada mujer y de cada hombre van siempre vinculados al cambio revolucionario de la sociedad. Y es también en este sentido que Carmen ha sido, a mi entender, parcial en el análisis de figuras como Rosa Luxemburg o Clara Zetkin o en general todas las que engloba bajo el título común de «las políticas». Es cierto que no hicieron referencia a la opresión específica de las mujeres, es cierto también que en muchas ocasiones parecen olvidar su propia condición de mujer o se dejan llevar por los planteamientos revolucionarios de los hombres, pero Carmen parece no haber querido utilizar su amor por las mujeres al juzgarlas, como si también ella olvidara que lo fueran. Yo habría deseado que Carmen se adentrara más profundamente en el mundo de estas mujeres, que nos hablara de su peculiar y común forma de entender la revolución. De cómo no hubo nunca en ellas la tentación de asumir el poder, el anquilosamiento que da el mismo. De cómo nunca mitificaron el Partido, de cómo fueron siempre lúcidas frente a la mezquindad de muchos de los que asumían la dirección del mismo, de cómo lucharon hasta el fin para dar el protagonismo a las masas, a los hombres y mujeres con los que desde el principio se habían sentido íntimamente solidarias. De cómo vieron siempre en el Partido un instrumento para la liberación de los millones de proletarios de todo el mundo, no una nueva forma de estructurar el poder en el que podían ser protagonistas.

Yo querría que la sutil sensibilidad de Carmen le hubiera llevado a analizar la vida personal de estas mujeres, el conflicto de sus vidas al asumir los códigos de los hombres sin perder sin embargo su capacidad afectiva, que les llevaba a grandes amores nunca auténticamente compartidos.

Yo habría deseado un acercamiento amoroso a estas mujeres, que sólo una mujer podía hacer. Los hombres en todo caso han podido escribir sobre su visión política o definir a la Luxemburg como «la cabeza más genial que haya surgido», pero nunca podrán juzgar todo el mundo que estas mujeres llevaban consigo, la amistad y solidaridad que se estableció entre ellas, la revolución vivida como una liberación también personal, que no le era común con la mayoría de sus compañeros hombres.

Yo habría deseado encontrar todo esto en el libro de Carmen Alcalde, porque creo que estas mujeres llegaron a la revolución con una forma de entender el mundo que nos es común a todas, nunca deslumbradas por las grandes palabras, ni condicionadas por la ambición de poder. Nunca desvinculadas de la vida cotidiana que también es preciso transformar, ni dicotomizadas entre el compromiso colectivo y la vida privada y que, si

bien no incluyeron planteamientos feministas, sí se descubre en muchas ocasiones su decepción y frustración.

Yo habría deseado que Carmen Alcalde recuperara también a estas mujeres que irrumpieron en la historia para ser sujetos de la misma llevando consigo toda nuestra particular forma de conocer el mundo y de relacionarnos con él, y que, por tanto, también ellas fueron víctimas de su condición femenina y que sus éxitos y sus fracasos nos pertenecen.

Es curioso que la autora cambia en cierto modo de actitud cuando los personajes le resultan más próximos, cuando le ofrecen una posible identificación, por parcial que sea. Éste es el caso, por ejemplo, de las heroicas milicianas de nuestra guerra civil. Tampoco ellas hacen planteamientos feministas, tampoco ellas luchan de una manera específica por la liberación de sus hermanas las mujeres, y sin embargo, Carmen las describe amorosamente, las siente próximas, recupera su lucha casi como un símbolo. Dirige su crítica contra los partidos que pretenden volverlas a casa y encomendarles trabajos «más femeninos», contra las mujeres que los secundan, nunca contra las propias guerrilleras que, en definitiva, marchan al campo de batalla con el mismo espíritu que Rosa Luxemburg organizó al lado de Lenin y de Liebknecht la III Internacional.

El libro de Carmen Alcalde es, sin duda, un intento de acercamiento a esas mujeres que lucharon incondicionalmente contra la opresión en una trágica contienda. Carmen ha recuperado sus nombres, sus palabras y sus hazañas. La guerra civil española ha sido objeto de innumerables libros, pero en casi ninguno han sido citadas ni valoradas.

El libro de Carmen es también una denuncia evidente de la no asunción de la libertad de la mujer por los movimientos revolucionarios por los que tantas mujeres dieron la vida. Es, por tanto, una llamada a las mujeres a tomar conciencia y a unirse por su propia lucha, a poner siempre delante su específica opresión ante cualquier planteamiento revolucionario. Llevada por su dolorosa conciencia de olvidada, de oprimida por sus propios compañeros de lucha, de extranjera en una revolución que tanto desea, nos describe a veces unilateralmente a las que se dejaron llevar por el proyecto revolucionario de los hombres, creyendo que era de todos. Pierde así la ocasión de mostrar cómo en toda mujer, auténticamente revolucionaria, confluyen unas actitudes comunes, unos planteamientos comunes, una muy difícil reversibilidad. De haberlo hecho, habría aportado una valiosa colaboración a los que creemos, al contrario de muchos, que la mujer, cuando toma conciencia, es irreversible en su camino hacia la revolución, porque, aun sin ser explícitamente feminista, ve la revolución como un cambio, no sólo en las estructuras económicas o políticas, sino también en sus vidas privadas y en todos los valores que las han condicionado.